

## V.

## FIN DE UN SUEÑO.

El telégrafo influye sobre las costumbres como el teléfero y los caminos de hierro.

La actual generación vive como las ardillas enjauladas, en perpetuo movimiento.

Los trenes nos soliojtan, los buques nos llaman con sus estentóreos mugidos. El hormiguero humano se remueve, bulle, hierve, se empuja y precipita. Nos vamos de un continente á otro, allende el Océano, como antes á la aldea vecina ó la ciudad próxima á nuestras granjas.

Sé de un pastor normando que se va á Melbourne á vender sus recentales.

La electricidad ha matado el estilo epistolar.

Madama Sevigne no escribiría hoy cartas, expediría despachos con frases sueltas y sin enlace como todo el mundo.

¡Adiós los giros y los periódicos rotundos!

Nada más adecuado, por otra parte, para expresar brutalmente el pensamiento; nada de formas ni eufonismos para amortiguar el golpe.

El amante de Ivona se había aprovechado de este uso.

El billete llevado por Gib, especie de máquina

inglesa perfeccionada como una de coser sistema Lowe ó Merson and C.<sup>o</sup>, limited que el duque tenía á su servicio, era un billete telegráfico seco, frío y cortante como un escalpelo, destinado á arrancar á la infeliz todas las lágrimas de los ojos.

Después de partir la baronesa, el duque había meditado antes de decidirse.

Estuvo reflexionando un cuarto de hora.

Empleó otro cuarto de hora en redactar su misiva, en aguzarla de modo que fuese más aguda que un puñal y más cortante que una navaja de afeitarse.

Esto evitó el encuentro de Gib y la baronesa en la Cruz de las Azules.

La operación se llevó á cabo, no como hecha con la pluma, sino con un bisturí.

El Sr. de Vaudrey deseaba ser libre: las amenazas arrogantes y poco disimuladas de la viuda le inspiraban repugnancia al matrimonio; pero la fortuna del difunto barón le atraía con irresistible fuerza.

El duque era demasiado indeciso, demasiado indolente y demasiado cobarde para buscar, contra la voluntad de su querida, una dote en otro matrimonio.

Le espantaba la lucha.

La baronesa Bresson era, por otra parte, el reposo asegurado, la opulencia adecuada á su título, los gastos fastuosos á que estaba habituado.

Le traía además con su elegancia y su arrogante belleza un perfume, un recuerdo, una tentación de

aquel París en que volvería á entrar vencedor, ya que no podía olvidarlo después de haber gustado sus placeres.

Y en fin, Luisa Renaud, había pronunciado como hábil comediante su última frase:

—Sí, estoy celosa, celosa hasta la locura. ¿Pero qué prueba esto sino que te amo?

Decidióse, pues, rápidamente, con disgusto quizás, pues el blanco rostro de Ivona le sonreía aun angelical visión, ¿pero qué remedio en la deplorable alternativa?

Hallaba en su cómplice la opulencia y la seguridad.

—¡Yo soy la fortuna y el amor!—había dicho la baronesa con toda verdad.

Había sangre en aquel amar, pero el tiempo es un torrente que lo lava todo.

Avergonzándose de su crueldad, renunció el duque á la dulce y hermosa seducida, pero su interés exigía este sacrificio y nada le importaba desgarrar, para salvarse, el corazón de una mujer.

Escribió la siguiente esquela, pesando bien cada palabra:

«Acabo de saber la llegada de los vecinos de Soaer y de Plelau. Esta mañana me impide salir una visita. En adelante mucha prudencia. Necesidad de vernos pocas veces; Pensaré en tí. Invariable afecto.»

Sin firma.

Ivona quedó estupefacta.

Leyó veinte veces los mortales renglones, sin dar crédito á sus ojos.

El estilo contrastaba con el de las pocas cartas que había recibido el duque.

Hacia tiempo que dudaba de la sinceridad de su amante.

Tenia razón.

Al llegar á Bretaña el duque estaba indeciso, medio resignado, á la dorada mediana que esperaba conservar.

Había tomado á Ivona como una distracción, sin calcular ni prever las consecuencias de una locura, insignificante para él después de tantas.

Las noticias de Chapuzet y del notario, iban siendo cada vez más alarmantes.

El activo disminuía á ojos vistos, por la dificultad de las ventas, y el pasivo subía como la marea y se llevaba el activo, hasta el punto de no dejar ni un franco de la inmensa fortuna de Vaudrey.

A cada carta se oscurecía más la frente del duque.

Ivona presentía el peligro.

Pasada la exaltación de los primeros días, la expiación no había tardado en venir.

No temía ya á Corentino, que había descargado su furia, y no iba nunca á Plelau; pero no podía presentarse á su padre sin temblar.

Tenia otros motivos de temor que á nadie se atrevía á revelar. Comprendía, sin embargo, que no podía ocultarlos mucho tiempo.

El ser la muchacha más hermosa del país, aca-

rea envidias que esperan ocasiones favorables para desatarse.

Por casualidad ó de intento, Juanilla se presentaba á Ivona, en cuanto ésta salía del parque de Plelau, y la espantaba con extrañas frases.

La loca la miraba de tal modo que la obligaba á bajar la cabeza.

Dos dias antes de recibir el billete del señor de Vaudrey, Juanilla le habia dicho con su acostumbrado acento tardo y gangoso:

—Dentro de poco, hermosa mia, la envidia se trocará en compasión.

Durante algunos dias devoró ocultamente sus lágrimas, sin oser presentarse, evitando las miradas de su padre, y buscando la soledad, donde esperaba hallar al duque á quien aguardaba inútilmente horas enteras.

Un siglo le pareció la semana que transcurrió después del recado de su amante.

El último domingo de Agosto habia fiesta en la aldea de Plelau.

Desde las nueve las dos campanas de la iglesia repicaban con furor.

El repique de las campanas es poético, oido de lejos y suavizado por las masas de verdura, pero Ivona lo escuchaba con terror.

Las campanas la llamaban á la iglesia como á todas, y tendria que afrontar las miradas de las mujeres y de sus compañeras.

Le parecia que llevaba escrita en la frente su deshonra.

Cuando llegó, el templo estaba completamente lleno.

Hacia un calor sofocante.

El sol penetraba por las altas ventanas;

Le costó mucho abrirse paso con Catalina y Gertrudis, que palanqueaban con los codos.

Por dicha, el padre Rebec habia ido á Ploermel y no debia volver hasta la noche.

La misa fué larga; el cura la alargó con su prolija plática.

Ivona se ahogaba.

Se llevaba á cada momento el psfuego á los labios.

Catalina y Gertrudis, que eran de buen fondo, quisieron llevársela, pero rehusó sus ofertas.

A pesar de la santidad del lugar y de la solemnidad de la fiesta, oía detrás risas irónicas y quiso permanecer hasta la terminación de la misa.

No se atrevía á atravesar nuevamente la nave, sirviendo de blanco á todas las miradas.

Hubiera desfallecido antes de llegar á la puerta.

Creyó acertar permaneciendo en su banco, porque poco á poco fué recobrándose y llegó al fin del santo oficio.

Pero cuando salió entre sus dos criadas y pasó entró la turba de feligreses que llenaban el cementerio, las mismas risitas de la iglesia acogieron á la desdichada; se dirigió á algunas compañeras, que se apartaron sin afectación, como si hubiera estado infestada, y dé pronto, sin que Catalina y Gertru-

dis pudieran sostenerla, cayó sin sentido en una recién abierta fosa.

La auxiliaron y se recobró pronto; pero desde aquel momento se decidió á evitar por todos los medios posibles semejantes humillaciones.

Juan María fué quien la acompañó á casa.

Sólo le dijo algunas palabras muy cariñosas.

¡Cuánto sintió no haber tenido en aquel horrible instante un brazo que la defendiese. El brazo de Corentino!

¿Pero dónde estaba?

¡Nunca le veía!

Dió gracias á Juan María con tan triste mirada, que el bretón echó todo el horror de la falta sobre el hombre á quien ya había jurado un odio á muerte.

Al oscurecer, el anciano Rebec volvió de su viaje.

Se espantó de la palidez de su hija.

La abrazó con más efusión que de ordinario.

—¿Qué tienes?—le preguntó.

—Nada. Un vahido. Ya se me ha pasado.

—Tengo que darte una buena noticia.

Ivona tembló.

¡Buenas noticias!

No las esperaba.

Tu padrino debe llegar de un momento á otro. Mañana, ó quizá hoy mismo. Hay que arreglar la casa.

—Está bien, padre.

Otro peligro.

Tener que avergonzarse ante aquel hombre tan bueno, tan generoso; un segundo padre, que la amaba tanto desde pequeña!

A la primera mirada se enteraría de su estado.

¿Qué podría decirles?

¿Cómo disculparse?

Se ponía como la grana cada vez que observaba que la miraban las criadas, que habían comprendido y callaban.

Era preciso acabar de una vez y ver al duque.

Sólo él podía salvarla si quería, si sus promesas no habían sido falsas.

Pero, ¿cómo lograrlo?

¡Escribir!

¿Para qué?

¡Verle, hablarle, era lo que quería!

Además, por el correo la respuesta tardaría lo menos tres días, y tres días eran una eternidad en su estado.

La fiebre que la devoraba no la permitía esperar más tiempo.

No podía pensar en ir á Lougon de día, porque se la echaría de menos en su casa.

Sólo podía ir de noche.

Pero había otra dificultad.

¿Cómo avisar al duque?

Se decidió á afrontarlo todo.

Esperó con impaciencia la noche.

Cuando creyó que todos dormían, se envolvió en un capuchón oscuro, bajó la escalera de piedra y

se internó rápidamente en la avenida que conduce al pueblo.

No era la primera vez que escapaba de la casa paterna; pero hasta entonces había salido palpitante de amor, segura de hallar á su amante.

Aquella noche iba á la aventura. Nadie la esperaba. Angustiada, ansiosa, llena de horror, se sumergió en las sombras de la noche.

El tiempo estaba tempestuoso.

El día había sido abrasador. Brillaban algunas estrellas en el cielo, pero el viento de Oeste que acababa de levantarse rugía á lo lejos, levantando gruesos nubarrones, rojos á trechos como si ocultasen llamas.

Ivona sentía secreto espanto.

La oscuridad era profunda.

Pensó un instante retroceder y refugiarse en su casa, pero imperiosa necesidad le empujaba.

El conde Hugo iba á llegar.

Una reprensión suya abriría en su corazón la herida más profunda y dolorosa.

¿Por qué?

No podía explicárselo, pero así era.

El conde era un Dios para Ivona.

¡Ah! si hubiera estado en Plelau algunos meses antes!

Una palabra suya, una mirada, un consejo, la hubieran sostenido evitando la espantosa caída, pausa de su dolor.

Continuó su marcha arrebujándose en el capuchón, que el viento levantaba.

Conocía perfectamente el camino y no temía extraviarse; pero antes de llegar á la mitad, comenzaron á caer gruesas gotas seguidas de una lluvia torrencial.

La lluvia tempestuosa avanzaba y aumentaban las tinieblas, cortadas por lívidos relámpagos.

Se echó la capucha y continuó avanzando.

A ambos lados del camino los árboles y las piedras se destacaban como negros fantasmas sobre el cielo oscurísimo.

Tuvo miedo y creyó oír misteriosos rumores.

Santiguábase á menudo, presa del mayor espanto.

No en vano estaba en Bretaña, país clásico de las hadas, los duendes y las apariciones de difuntos.

Pronto pareció su marcha, precipitada fuga. Tropezaba en las piedras del camino, hundía los pies en los charcos imposibles de distinguir por lo denso de las tinieblas.

Eran casi las doce, cuando jadeante, desfallecida, sin saber apenas dónde estaba, oyó á la izquierda el ruido de una cascada.

Cárdeno relámpago iluminó el estanque de Lengou que, loca de terror, iba á atravesar en medio de la noche.

Otro relámpago seguido de formidable trueno iluminó á la derecha la fachada del castillo.

A pesar de la lluvia torrencial que caía sobre ella como una tromba, lanzó un suspiro de alivio.

Había llegado.

Pero no bastaba ver la casa, era preciso entrar en ella.

Ivona subió la pendiente que llega al pie del castillo.

Sólo distinguía la enorme masa del edificio, más negra que el cielo, lúgubrementemente iluminada de cuando en cuando por el resplandor del relámpago.

Todo dormía, al parecer.

Ni una luz en las ventanas.

Comenzaba á perder la esperanza é iba á dejarse caer sobre la yerba del jardín, cuando á la vuelta de un grupo de árboles, vió luz á través de las persianas de una habitación del piso bajo.

La estrella de Belén no pareció tan milagrosa á los Magos como aquella indecisa claridad á la desdichada joven.

Acercóse á la pared, trató de descubrir quién estaba adentro de la habitación, y no pudiendo conseguirlo se decidió á llamar.

No obtuvo contestación.

Indudablemente el habitante del castillo que recibía aquella visita inesperada, estaba inmóvil de asombro.

Ivona volvió á llamar y dijo con voz muy débil:

—¡Por Dios, abra usted!

—¿Quién anda ahí?—gritó uno dentro.

La joven se estremeció de placer al oír la voz.

—Soy yo—respondió temblando de emoción;—yo, Ivona!

Sonaren pasos precipitados y la puerta se abrió para Ivona, como se había abierto más antes para la baronesa.

Era el duque que velaba en su gabinete de trabajo.

Recibió á la infeliz con semblante hoscó, casi iracundo.

Ivona permanecía inmóvil en el umbral, turbada é indecisa ante aquella evidente expresión de disgusto.

—¡Tú!—dijo el duque—¡qué locura!

—¡Sí, yo, que quiero verte, hablarte!

—¿Tan urgente es?

—Sí.

—Entra—ordenó secamente el duque.

Miró un instante afuera. La tempestad estallaba con furor. Las aguas del estanque reflejaban el cárdeno resplandor de los relámpagos y rugía el trueno repetido por todos los ecos de la agreste cámara, mientras resonaba la lluvia en la arena del jardín.

Los perros aullaban espantados.

El duque volvió la vista hacia el pobre joven y se arrepintió de su sequedad.

Lágrimas abrasadoras rodaban por sus mejillas.

Parecía tan desolada, tan desfallecida, tan estenuada de cansancio, que la cogió de la mano, le quitó la capucha, de la cual escaparon en profusión sus desordenados y húmedos cabellos y la

hizo sentarse en una butaca, junto á la chimenea del gabinete.

Prendió fuego á la leña preparada, y á la doble luz de las lámparas y del hogar contempló el rostro de Ivona, y se sintió, durante un momento, conmovido hasta el fondo de su alma.

Ivona permanecía tendida y medio desmayada, con la cabeza echada hacia atrás, los labios pálidos y los ojos cerrados.

Todo su cuerpo temblaba convulsivamente.

El duque puso un almohadón bajo sus piés, se arrodilló ante ella y dijo:

—¡Vuelve en tí ¡estoy á tu lado! ¿Qué quieres? ¿á qué está este viaje insensato, de noche y con tan mal tiempo? ¿No podías avisarme ó esperar?

—No... baluceó Ivona. ¡Ya no vivo!

—¿Pues qué ocurre?

—¡Estoy perdida!

—¡Perdida!

—Adivinan nuestras relaciones... mi falta... Y pronto no podré ocultársela á nadie.

—¿Qué dices?

—¡La verdad!

—¿Más todavía?.....

—¡Pero no ves! ¡Hay que decirlo todo! ¡Ay! ¡si me amases como he tenido la debilidad, la locura de creer, no sabrías?.....

—¿Qué?

—¡Oh, vergüenza! He querido dudar, imaginarme que era pura ilusión... Ahora... es imposible... y dentro de algunos meses.....

—Acaba.

—¡Seré madre!

Cubrióse el rostro con las manos y sollozó amargamente.

El duque, apoyado en la chimenea, había recordado su expresión altanera y cruel.

Aquella noticia le producía penosa impresión.

Pero el amor paterno no se despertaba en él.

Estaba acorazado contra todos los afectos, pues no tuvo piedad de aquella infeliz que tan caro pagaba un extravío fácil de comprender. Pensó que los amores campesinos están espuestos á desagradables sorpresas, á las que no conviene prestar atención.

Se decía estas y otras cosas del mismo juez, apretando los labios como un hombre, que paseando bajo el cielo sereno después de la tempestad, ve surgir en el horizonte otro nimbo amenazador.

Ivona era encantadora.

No lo podía negar.

Aun llena de agua, pegado el cabello á las sienes, enlodada la falda y acardenalados los pies, no perdía sus encantos.

Pero era un obstáculo á sus planes y podía crearle dificultades de consideración.

Desde la llegada de la baronesa, el duque hallaba en Luisa multitud de méritos.

Su inmenso capital equivalía con exceso á todos los encantos é inocencias.

Su odioso adulterio, su complicidad en el asesi-

nato del marido, ¿no habían sido por amor al duque y en provecho del mismo?

¡Y qué hábil coquetismo! ¡Qué pericia en los placeres! ¡Qué firmeza! ¡Qué vigor! ¡Qué encanto!

Si la aventura de Ivona resonaba á dos pascos de de Scaer, podía acarrear un desastre y aniquilar sus esperanzas.

—¿Dices que sospechan tu estado?

—Sí.

—¿Quién?

—No sé. La gente de Plelau, nuestros vecinos....

—Eso es muy vago.

—Lo conozco en las miradas que me dirigen, en los sarcasmos que me lanzan, en las risas con que me persiguen.

—Comprendo. Te asusta la loca á quien encontramos en todos los rincones.

—Esta mañana, al salir de misa, se han apartado de mí las jóvenes de Plelau, para no hablarme.

—Debias haberlas mirado cara á cara.

—Me he desmayado en el cementerio, en una tumba. ¡Ojalá hubiera sido la mía!

—¿Luego es seguro?

—¡Ay!

—¿Por qué no me lo has dicho?

—Ya lo he hecho. Te dije que dudaba.... Tú me cerraste la boca.

—Con besos, dijo amargamente el duque.

—¿Qué hacer, Dios mío?

—Sí, ¿qué hacer?

El duque dejó la chimenea y recorría el salón á grandes pasos.

—Sí, ¿qué hacer? repetía colérico.

—El conde Hugo viene á Plelau.

—¿Cuándo?

—Quizá mañana... ¿Cómo ocultarle?...

El señor de Vaudrey se acercó á la joven y estrechó sus manos.

Quería ganar tiempo.

Sólo el tiempo y el alejamiento podían salvarles.

Dentro de un mes la baronesa y el barón Noel habrían vuelto quizá á Paris. Por lo que á él tocaba ya imaginaría un pretexto.

—Ivona, dijo, ¿tienes valor?

—Lo hubiera tenido si me hubieses amado.

—¡Pero si te amo!

—Hace un instante tus ojos expresaban desamor y cólera.....

—Si no te hubiese amado, ¿qué me obligaba á buscarte? Te amo aún y te amo más que nunca. Pero por motivos poderosos que no puedes comprender, es necesario, absolutamente necesario, que no se sepan nuestras relaciones.

—¡Dios mío, eso es imposible!

—Si tú quieres.....

—¿Por qué medio?

—Uno antiguo, como el mundo: huir... dejando una carta á tu padre, sin decir á donde vas.....ni por qué; pero aun no, dentro de algunas semanas. Hasta entonces es preciso negar con energía. Luego



yo te procuraré un retiro donde nadie te descubrirá y al cual iré á buscarte.....

Procuraba parecer amoroso y solícito.

Hablaba con calor, con aquella voz armoniosa que antes suspiraba amores y la aturdió con mentiras pérfidas.

—¿No eres libre?—preguntó tímidamente Ivona.

Hay un misterio en mi pasado. No es una falta, es una desgracia, una fatalidad. Me has dado pruebas de amor. Te pido de rodillas la última. Déjate goiar por mí, y el porvenir es nuestro.

El señor de Vaudrey añadió en voz más baja.

—Te guardaré cerca de mí, en donde nadie lo sospeche. Permanece algunos días en tu casa. Tus temores son infundados. En la hora del peligro me avisarás, y desde aquel instante solo existirás para mí.

—¡Qué dolor para mi padre!

—Durará poco tiempo. Le dirás que volverás feliz y honrada.

—¿Quién podrá volverme la honra?

—Yo.

—Tú—dijo Ivona moviendo incrédulamente, la cabeza.

—Déjame guiarte. Ten confianza. ¿Quieres?

La pobre joven suspiró.

—¿Quieres?—repitió el duque tocando con sus labios el pálido rostro de Ivona.

—Pues bien,—dijo ella—no quiero. ¿Qué lazos te sugelan? ¿No decías que eras libre? Mentías, bien lo veo, ¿Por qué me engañaste? Estoy conde-

nada, lo conozco. No te culpo, la culpa es mía. Yo debía haberme defendido de tus palabras y promesas. Me adormecías con protestas engafiosas. Mía es la culpa. He sido vana, orgullosa, necia. Sufiré sin quejarme el castigo de mi falta. Si es demasiado duro, siempre me queda un medio de evitarlo. Nunca he esperado que te casases conmigo. No reflexioné al entregarme. Tan loca estaba que hubiera pasado por ser tu querida á la vieta de todos. Ya sé que en adelante, sólo debo contar conmigo. Prefiero esta horrible evidencia á la duda en que me agitaba. ¡Adiós señor de Vaudrey!

—¡Ivona!

—No trate usted de detenerme. Soy un obstáculo para usted. Dificulto el logro de designios que ignoro. No tenga usted miedo. Sabré callar. Hacen falta el silencio y el secreto, y los tendrá, se lo juro. No seré yo quien hable. Cómo habré de defenderme, es lo que ignoro. ¡Adios!

Dirigióss hacia la puerta.

El duque se interpuso.

—¡No saldrás así! ¿A dónde vas?—dijo.

—A mi casa. Allí esperaré el golpe. ¡Oh, el amor—dijo,—¡qué engaño, qué perfidia!

—Pero si te amo.

—Pruébemelo usted.

—¿Cómo?

—En Paris no se ven las infamias. Venga usted á Paris conmigo. Allí consento en que me encierre usted donde se le antoje. Si me avergüenzo, será ante extraños y desconocidos. Veré á usted cuan-

do le plazca concederme un día ó una hora. Cuando se canse usted de mí, me lo dirá francamente. Le juro no mendigar su apoyo. Criaré á mi hijo como pueda, aun cuando tenga que venderme para comprarle pan. No me arredran el trabajo y la fatiga. Pero si quiere usted que le obedezca ciegamente, como exija, yo exijo á mi vez que cuando mi hijo me pregunte el nombre de su padre, tenga yo derecho á responderle:—El señor duque de Vaudrey.

—Eso es insensato.

—Para usted quizá, no para mí. Bastante haré con humillarme ante los demás. Quiero poder justificarme ante mi hijo. El prestigio del título del padre explicará acaso la caída de la madre. Será un bastardo, enherabuena; pero será un bastardo del duque de Vaudrey.

—Es perdernos los dos.

—No comprendo lo que usted dice. No quiero perjudicarlo.

El señor de Vaudrey puede deshonorar á una pobre muchacha, pero ella no puede deshonorarle. Lo que causa mi infamia no puede causar la de usted. Soy una ignorante, pero, hasta en nuestras aldeas, el hombre se envanece con sus triunfos, mientras á la mujer se la apunta despreciativamente con el dedo. Déjeme usted salir.

El duque comprendió el peligro.

Era necesario dominar su resistencia y evitar el escándalo.

Estrechó á Ivona entre sus brazos y la obligó á sentarse al lado suyo.

—Ma desesperas, dijo. Comprendo tu cólera y tus terrores. He contraído contigo obligaciones que cumpliré, á no ser que me obligues á romperlas con exigencias imposibles; pero hay cosas que no debes saber. Corro un gran peligro. Yo mismo no conocía ese peligro hasta hace poco tiempo, cuando tan feliz era jurándote amor y gozando de tu belleza y hechizos. Déjame unos días para reflexionar. Hallaré medio de salvarte sin exponerme á concitar iras que no puedo desafiar. Te juro hacer lo que pides, ó perderme también.

Ivona le oía desolada, indecisa, sin poder adivinar qué peligro podía amenazar á quien ella suponía omnipotente y superior á todas las miserias humanas, mal convencida, irritada ya por los sufrimientos padecidos y los que preveía en el porvenir.

El duque trató de cautivarla con frases tiernas, juramentos y protestas de amor, pero permanecía sorda á aquella voz tan dulce para ella, en los primeros de su desdichada pasión.

Despertábase en ella otro amor, amor doloroso nacido con los primeros movimientos del ser que llevaba en las entrañas.

—¿Qué necesitamos? dijo el duque agotados ya todos los recursos. Unos días de valor ¡y me los niegas!

—Sea, dijo ella, por acabar de una vez, pero sin confianza y rebelde á las promesas de su amante. Los tendré.

El señor de Vaudrey la colmó de caricias.

Pero ya no la entenebrían.  
Ivona permanecía fría como el mármol ante aquel hombre que había sido su Dios.

Había perdido la confianza, y con la confianza el amor.

Dirigióse á la puerta y la abrió.

La tempestad había cesado.

Gruesos nubarrones surcaban, impulsados por el viento, el cielo estrellado.

Ivona quería volver á pie.

El fuego había secado sus vestidos y reanimado su valor.

Fiaba demasiado en sus fuerzas.

El duque la vió vacilar y la sostuvo.

—Ven, dijo.

Fue á la cuadra, ensilló un caballo, y llevó con rabia, como los soldados de Italia á las mujeres robadas, á aquella querida que se le hacía detestable y á la que hubiera arrojado con gusto al fondo de los estanques que brillaban á dos pasos del camino, para aniquilar los obstáculos opuestos á sus planes.

Después de un galope furioso, la dejó á la entrada de la avenida de Plelau, imprimiendo en su frente un beso glacial.

—¿Me obedecerás? le dijo en el momento de separarse.

—Sí, respondió débilmente Ivona.

El duque partió á galope.

Ella escuchó un instante y se internó en la avenida.

La lluvia había refrescado la atmósfera.

Se rebujó en la manta, tiritando, exámine, con el corazón despedazado.

Cuando llegó al jardín empezó á temblar convulsivamente.

De pie, en medio del espacio descubierto, con la cabeza desnuda é inmóvil como una estatua se destacaba la figura de un hombre.

Ivona se detuvo horrorizada.

El hombre avanzó lentamente, sin que ella tuviera fuerzas para huir.

Cuando le vió de cerca, sofocó un grito.

Era su padre, el anciano Rebec, que la esperaba.

Estuvo á punto de caer de espaldas.

El administrador parecía tranquilo; pero sin duda la cólera rugía en su interior.

Sin embargo, en la superficie no había síntomas de tempestad.

—¿De dónde vienes?—preguntó con dulzura á su hija.

—¿De dónde vengo?.....repitió maquinalmente Ivona.

—Sí. Algún motivo tendrás para correr de noche, á estas horas.

—Pero.....

—Sin temor. Dilo. Te he creído honrada. Suponer que me he engañado; suponer que de una santa mujer, como tu madre, y de un padre honrado, como yo, haya salido una bribona, no me es posible todavía. Sé franca, responde sin ambajes.

Y viendo que temblaba como la hoja en el árbol:

—No temas.....—añadió.—Te he amado con exceso y no he de maltratarte. Eres mi única familia. Podré reprenderte; pero no hacerte sufrir..... Habla sin temor..... dime la verdad francamente.

—La verdad?—baluceó Ivona:

—Sí. Después, ya veremos.

Ella inclinó la cabeza.

—Te callas..... Hablaré yo por ti. Comprendo que la confesión te es costosa..... Rectifica, pues, si yo me equivoco: ¿Vienes de ver á tu amante, un miserable, un .....

—¡Padre!.....

—El por qué de tan á deshora, y en noche de tempestad, no se me alcanza; pero no es cuenta mía, es cuenta vuestra. Le he oído..... Vuelve á rienda suelta como un bandolero..... ¿Es un bandolero..... ¿Verdad?

—Sí.

—No quiero saber su nombre, me importa poco. Sea un gañán ó sea el duque de Laugou, la deshonra es idéntica. Mejor fuera que fuese un gañán, porque el amor podría servirte de excusa; pero ha sido el orgullo el que te ha extraviado.

—¡Padre!

—Me lo temía hace tiempo..... quizá es mía la culpa. Hubiera debido vivir más alerta y reemplazar á tu madre. He confiado en ti..... En eso está mi error!..... Vete á dormir, si puedes.

Ivona se arrodilló ante el anciano.

—¡Perdón!—gritó entre sollozos.

—Vete á dormir—repitió Rebec, volviendo la cabeza.—Necesitas descanso.

—¡Padre! ¡Si usted supiese!..... ¡piedad!

—Sé demasiado. Levántate. Mañana hablaremos.

—Lo suplico.....

—Obedece—dijo con dureza el anciano, y se retiró sin ayudarla á levantarse.

Ivona le oyó cerrar tras sí la puerta del pabellón, y quedó sola, con la frente hundida entre la húmeda yerba.

Eran las tres de la mañana.

En el profundo silencio de la noche se oía tan sólo el lúgubre grito del mochuelo y el canto del gallo anunciando la proximidad del alba.

Ivona reanimada por el frío, se levantó trastornada y medio muerta de dolor, permaneció un instante ante la sombría y enorme mole del castillo, se dirigió vacilante á la escalera, subió lentamente aquellas, desgastadas por el paso de tantas generaciones, se metió en su cuarto y cerró la puerta.

Allí, al menos, estaba segura.

Prosternóse junto á la cabecera de su lecho y ocultando el rostro entre la colcha, lloró con la mayor congoja.

—¡Dios mío!—exclamó,—¿por qué soy tan desdichada?

Catalina la oyó y entró á consolarla.

Catalina era blanda de corazón. Su hermosura no era para trastornar á condes y marqueses, pero soñaba románticas aventuras, y si algún galán se hubiera atrevido á requebrarla, seguramente no hubiera opuesto mucha resistencia.

Así lo tenía decidido, pero nadie había puesto á prueba su inocencia.

Dijo á Ivona que el conde Hugo había llegado en la tarde con su amigo el barón Ncel Bresson que el anciano Rebec la había llamado para festejar al padrino; que todos se habían levantado; y que ella y Gertrudis habían dicho que la señorita estaba enferma y que necesitaba descanso.

El administrador nada había dicho, pero bien se vió que no estaba convencido. El conde Hugo, se había ido á sus habitaciones contrariado.

Un momento después el anciano había subido al cuarto de su hija y lo había hallado vacío.

Gertrudis y Catalina, aterradas, le habían visto pasearse recibiendo la lluvia, y temblaban de espanto.

¿Qué iba á pasar?

Catalina se felicitaba, en medio de todo, de la dulzura del padre.

—Ya que está hecho el mal, no hay que desesperarse.

Hizo acostarse á Ivona y no la dejó hasta que le prometió dormirse.

Y, en efecto, en cuanto se retiró Catalina, después

de haberla acomodado en la cama con la tierna solicitud de una nodriza, la infeliz, desfallecida y quebrantada, cayó en un profundo sueño, lleno de pesadillas.

## IV

## CABEZAS DE GRANITO.

La fatalidad se mezclaba en las aventuras de Ivona para agobiarla con su peso.

Al recibir días antes el aviso de Juan María, el barón había sentido una impresión mezcla de indignación y asombro.

Inflexible tocante al honor y á la probidad, respetaba á las mujeres.

No pensaba como muchos filósofos excépticos ó, por mejor decir, cénicos, que las conceptúan seres inferiores, encantos de los ojos, satisfacción de brutales apetitos, á las que nada puede pedirse, fuera de sensuales placeres.

El barón rendía culto al sexo á que debemos nuestras madres, nuestros más delicados gozos y—fuerza es decirlo, nuestros más grandes dolores.

Además, en la intimidad de siete años había acostumbrado á ver en Luisa una hermana, honra de su casa y flor sin rival de su huerto.